

¿Para qué una identidad? O el embrollo de las identificaciones y de su reorganización en la adolescencia *

François Ladame

INTRODUCCION

La identidad no es un concepto psicoanalítico oficial. Laplanche y Pontalis (1967) lo dejaron en silencio en su *Diccionario del psicoanálisis*. Sin embargo, ¿qué textos psicoanalíticos sobre la adolescencia no se interrogan sobre el requerimiento de constituir una “identidad”? ¿De qué se trataría? ¿De una prescripción social, de una exigencia de la sexualidad adulta, de un imperativo narcisista?

La experiencia clínica me conduce a pensar que la identidad refleja un *sentimiento consciente*, más fácil de captar *a contrario*, en la patología, cuando existe un trastorno de la identidad (o de la personalidad). Los adolescentes que tengo ocasión de atender en mi consultorio son, en principio, víctimas de dificultades de orden psíquico y expresan a menudo el desconcierto de no saber quiénes son. Esta falta de identidad, *en la superficie*, no implica –sino todo lo contrario– una ausencia de identificaciones *en profundidad*.

En el curso de este artículo, una vez expuesta la importancia de la “constitución de la identidad” en la adolescencia, me centraré en los aspectos inconscientes del psiquismo, *en profundidad*, en las identificaciones dispuestas antes de la pubertad y en

* © Publicado en: *Revue Française de Psychanalyse*, 4/1999.

su inevitable reorganización durante la adolescencia. Recorro un camino repleto de contradicciones, en el cual tomo posición y propongo –cuando me parece aconsejable– puntos de vista personales en beneficio de la coherencia del conjunto.

IDENTIDAD: ¿PUNTO DE LLEGADA O DE PARTIDA?

La noción de identidad remite al narcisismo, al investimento libidinal de sí, positivo o negativo, a las identificaciones *inconscientes* y a los conflictos identificatorios. De allí, en referencia al narcisismo y a la adolescencia, la siguiente hipótesis: es el investimento positivo de la representación de sí el que da un *sentimiento* de identidad. Este permite, cuando es suficientemente estable y sólido, tomar el riesgo de comprometerse, con cuerpo y alma, en una relación con un otro diferente y diferenciado de sí, sin perderse en ella. A pesar de que la construcción de la identidad es una exigencia del proceso de la adolescencia, no debe considerársela como un punto de llegada, como un fin en sí mismo, sino más bien como un punto de partida, una condición previa.

Del mismo modo, la identidad representa un tope. Indispensable para poner un *límite* entre lo individual y lo colectivo, y preservar de este modo la individualidad. La identidad constituye en no menor medida una *limitación* al oponerse al ideal de completud (“aceptar que yo soy X significa que no soy Y”). Estas perspectivas dobles hacen de la identidad una noción profundamente paradójica: por un lado, es una condición previa al reconocimiento, y por ello a la aceptación de la alteridad y de la complementariedad¹; pero por otro lado ella ofrece la garantía de una tranquilizante preservación de la subjetividad al precio, es cierto, del abandono de una aspiración a la ubicuidad, ilusoria pero sumamente fascinante.

¹ Contrariamente a la diferenciación, proceso continuo que opera luego de la infancia y que se perfecciona en la adolescencia, la complementariedad es una adquisición nueva, contemporánea al pasaje a la sexualidad adulta y del abandono de la lógica fálico/castrado.

IDENTIFICACIONES

A título de indicación, recordaré que Freud describió tres formas de identificación (1921c, p. 45): una identificación como forma original de ligadura con otra persona (identificación primaria); una identificación como sustituto de una ligadura con el objeto, en la cual la elección de objeto regresa a la identificación por introyección del objeto en el Yo (identificación secundaria); una identificación sobre la base de un poder –o querer– colocarse en la misma situación (comunidad) que una persona que no es objeto directo de las pulsiones sexuales pero que mantiene el mismo modo de relación con un tercero (identificación parcial).

La cuestión del “lugar” de las identificaciones es determinante para las reorganizaciones requeridas sobre las huellas de la pubertad: ¿identificaciones en el Yo, en el Superyó, en el Ideal del Yo? No siempre es fácil orientarse a través de las diversas formulaciones freudianas, pero esta clarificación tópica me parece indispensable para comprender las apuestas de la adolescencia.

LUGARES DE LAS IDENTIFICACIONES

En “El yo y el ello” (1923b), Freud indica (p. 272-273) que las identificaciones efectuadas en los primeros orígenes, en la fase oral primitiva del individuo, “tienen efectos perdurables y generales: el *ideal del yo*² detrás del cual se oculta la primera y más significativa *identificación* del individuo, aquella con el padre de la prehistoria personal” (p. 275). Dejando de lado el hecho de que yo aliento a comprender el término “padre” como designando a los padres con anterioridad a la diferencia de los sexos, de lo que se trata aquí es de la identificación cuyo “lugar” se situaría en el Ideal del Yo.

En “Psicología de las masas y análisis del yo”, Freud (1921c) subraya que, “desde el inicio, hubo dos tipos de psicología, aquella de los individuos de la masa y aquella del padre, jefe supremo, conductor” (p. 62). Este pasaje aporta un esclarecimiento complementario a aquél en que se definieron las tres formas de identificación. “Los individuos de la masa estaban

² Los pasajes en itálica son subrayados por mí, salvo indicación contraria.

unidos” (p. 62), y para ellos prevalecía la exigencia de igualdad (p. 60), “pero el padre de la horda primitiva era libre... no amaba a nadie fuera de sí mismo y amaba a los otros únicamente en la medida en que ellos atendieran sus necesidades... Al comienzo de la historia, él era el superhombre que Nietzsche aguardaba recién en el porvenir... (El conductor) tiene el derecho de ser de la naturaleza de los amos, absolutamente narcisista, pero seguro de él y no dependiente más que de sí mismo” (p. 63). Qué deducir de esto sino que, por una parte, se trata nuevamente de un Ideal del Yo –megalomaniaco– y, por otra parte, de una captura por la masa o efecto de masa del cual falta precisar el lugar.

Propongo configurar del siguiente modo el paisaje antes de la pubertad, sobre el que regresaré más adelante en detalle: las identificaciones de tipo rebaño³ (sea aquí un “rebaño de niños”), que reposan sobre un sentimiento de masa y de comunidad, de reparto de un amor igual para el mismo objeto, están en el Yo. Estas identificaciones de tipo gregario o ‘masa’ participan de la ligadura con la realidad exterior. Hasta la pubertad, las mismas están en conformidad con aquello a lo que el sistema Pc-Cs no puede sino remitir al Yo: la realidad de su impotencia infantil⁴ cuando también están presentes las ligaduras de objeto eróticas y agresivas. Estas identificaciones en el Yo están, por otro lado, en una relación dinámica con las identificaciones con los padres edípicos y con el padre de la prehistoria en el Superyó y en el Ideal del Yo.

¿Qué pasa del lado del sistema Superyó-Ideal del Yo constituido por partición del Yo? Las identificaciones resultantes del complejo de Edipo son puestas aquí en latencia. Una parte del trabajo de adolescencia deberá precisamente permitir su reapropiación por parte del Yo.

³ Para ninguno de nosotros es agradable, narcisísticamente, admitir esta “realidad”, con la cual nosotros tenemos que encontrar un compromiso así como con nuestras veleidades incestuosas y parricidas...

⁴ El Yo, sin querer ofrecer de él una definición reduccionista e ignorar su parte inconsciente, se ubica hasta el final de la obra freudiana (*Compendio de Psicoanálisis*) del lado del sistema percepción-conciencia, en contacto directo con el mundo exterior (Freud, 1940 a, p. 198-199, y como garante de la prueba de realidad. “El yo se esfuerza en hacer valer la influencia del mundo exterior sobre el ello y sus objetivos, tiende a instalar el principio de realidad en el lugar del principio de placer.... La percepción juega para el yo el rol que en el ello cae en suerte a la pulsión” (Freud, 1923 b, p. 269).

“El malestar en la cultura” (Freud, 1930 *a*) nos da una luminosa perspectiva de la dinámica de las identificaciones que actúan en la formación del Superyó: “Contra la autoridad que impide al niño acceder a las primeras satisfacciones... se desarrolló forzosamente en él un grado considerable de inclinación a la agresión. Empujado por la necesidad, el niño debió renunciar a la satisfacción de esta agresión vindicativa. De esta difícil situación económica se sale... recibiendo en él, por identificación, a esta autoridad inatacable, la cual desde entonces se convierte en el Superyó y entra en posesión de toda esta agresión que el niño hubiera querido ejercer contra ella” (p. 316). La necesidad que aquí se menciona se refiere tanto a la impotencia del niño como a su dependencia, sobre las cuales regresaré más adelante. La sumisión del niño a la autoridad parental está ligada a la amenaza de pérdida del amor y de castigo; esta pérdida, sin embargo, será también una pérdida del Yo a causa de la dependencia del Yo del niño frente a los padres (como objetos exteriores y como identificaciones en el Superyó, todavía mal diferenciados).

La formulación de “El malestar en la cultura” debe completarse con las indicaciones sobre el complejo de Edipo vertidas en “El yo y el ello” (Freud, 1923 *b*). Luego de haber recordado que “El complejo de Edipo... en su forma más completa... es doble, positivo y negativo..., es decir que el varoncito no tiene solamente una posición ambivalente en relación al padre y una elección de objeto tierna para la madre, sino que se comporta también, simultáneamente, como una niña, en tanto que manifiesta la posición femenina tierna en relación al padre y la posición hostil-celosa correspondiente frente a la madre” (p. 276-277), Freud agrega... “En el momento de la desaparición del complejo de Edipo, las cuatro tendencias que comprende en sí se unen de forma tal que de él se deriva una identificación al padre y una identificación a la madre... *Esta reorganización del yo conserva su posición aparte, ella se opone al resto del yo como ideal del yo o superyó*”⁵ (p. 277).

En cuanto a lo que concierne al Ideal del Yo, la identificación que lo constituye en la infancia es “aquella con el padre de la prehistoria personal” (*ibid.*, p. 275), el padre que es “de la naturaleza de los amos, *absolutamente narcisista*” (Freud, 1921

⁵ Subrayado por Freud.

c, p. 63) y autosuficiente. La posibilidad, para el varoncito, de recibir en sí mismo este *ser superior* es probablemente aquello que salva al narcisismo del niño. La alianza entre el autoerotismo y la megalomanía infantil sirve de contrapeso a la extensa impotencia y a la dependencia que son la marca de la infancia (Ladame et Perret-Catipovic, 1997). La aspiración a la potencia total y a la autosuficiencia, retenida por identificación en el Ideal del Yo y mantenida por el Ello, constituye un extraordinario motor del desarrollo. Es la promesa que empuja hacia adelante y permite entrever un futuro mejor, una revancha sobre la realidad de la impotencia que es el patrimonio actual del Yo. Este salvataje del narcisismo es posible gracias a la instauración en dos tiempos de la vida sexual. Al quedar la sexualidad infantil caracterizada por el autoerotismo, es dispensada de buscar su satisfacción con un objeto portador de su alteridad y, por lo mismo, susceptible de representar una amenaza narcisista.

Gráficamente, la distribución identificatoria antes de la pubertad podría ser representada del siguiente modo:

1= en el Yo, identificaciones tipo rebaño (Freud, 1921 c), aquí el “rebaño de niños”, y realidad de la impotencia infantil.

2= en el Superyó, puesta en latencia de las identificaciones bisexuales producto del declinamiento del complejo de Edipo antes del período de latencia (Freud, 1923 b) y toma de posesión

de la agresión del Ello contra la autoridad parental (Freud, 1930 a).

3= en el Ideal del Yo, identificación al “padre” de la prehistoria personal (anterior a la diferenciación de los sexos) (Freud, 1923 b), de la naturaleza de los amos, absolutamente narcisista (Freud, 1921 c).

Pc-Cs= sistema percepción-conciencia: él “se esfuerza en hacer valer la influencia del mundo exterior sobre el ello..., y tiende a instalar el principio de realidad en lugar del principio de placer...” (Freud, 1923 b, p. 269).

UN NUEVA DISTRIBUCION LUEGO DE LA PUBERTAD

Freud presentó las dos psicologías, la de las masas y la del individuo, como inseparables (Freud, 1921 c). Propongo considerar que la adolescencia es el tiempo de basculación de su mutua influencia en el Yo y en el Ideal del Yo. Esta basculación está en conexión con la exigencia de la sexualidad adulta porque las identificaciones del tipo “rebaño de niños” no permiten acceder a un libre ejercicio de la sexualidad.

“*El padre*⁶ *originario* es el ideal de la masa, quien *en el lugar del ideal del yo domina al yo*” (p. 67). “El había impedido a sus hijos satisfacer sus tendencias sexuales directas... El los constriñó –por así decir– a entrar en la psicología de las masas” (p. 63). “A aquél que devenía *su sucesor estaba dada... la posibilidad de la satisfacción sexual y por allí abierta la salida de las condiciones de la psicología de las masas*” (p. 64). Me extiendo sobre estas citas porque ellas dan cuenta de la intrincación profunda entre la asunción de la sexualidad adulta y el reencuentro del Yo con su ideal infantil megalomaniaco cuando las reorganizaciones complementarias no sobrevienen a un mismo tiempo. Tal conjunción constituye una mezcla detonante, en la que una *pura cultura de narcisismo* sería considerada como un acomodamiento a un objeto portador de su alteridad... En otras palabras, el narcisismo todopoderoso del ideal infantil serviría para revigorizar un Yo extraído, por otro lado, de la realidad de su impotencia superada por una realidad nueva, la pubertad, así como la sexualidad adulta

⁶ Debe comprenderse como “padre”.

constríne a salir del autoerotismo para ir al encuentro de un objeto complementario, diferenciado y sujeto de su deseo. Conjunción explosiva, por desgracia, corriente en las fracturas del desarrollo, en el origen de los desórdenes más apremiantes de la adolescencia, fracturas que pueden ser comprendidas como “ave-rías” identificatorias.

Aun cuando las reorganizaciones identificatorias se efectúen sin mayores rupturas (o fracturas), postulemos las siguientes secuencias. El Yo –en el cual el sistema Pc-Cs es sometido a la nueva realidad de un cuerpo ahora poderoso sobre el plano orgásmico y genésico– debe poder “reapropiarse” de las identificaciones con los dos progenitores sexuales, resultantes del complejo de Edipo, latentes en el sistema Superyó-Ideal del Yo. Estas identificaciones presuponen el renunciamiento del Yo al investimento erótico y agresivo de los objetos parentales de la infancia (identificaciones secundarias como sustitutos de una ligadura con el objeto [Freud, 1921c, p. 45]). Pero ellas pueden crear problemas a partir del hecho mismo de la bisexualidad ofrecida de este modo. La simetría del Edipo infantil, es decir el amor igual por el progenitor del otro sexo y por el progenitor del mismo sexo (Freud, 1923 b, p. 276], es desplazada del lado de la heterosexualidad. El amor de un niño por el progenitor de su mismo sexo no es habitualmente fuente de angustia. Luego de la pubertad, la observación clínica nos muestra que la ausencia de una suficiente asimetría es, en la mayor parte de los sujetos, fuente de una tensión conflictiva entre el Yo y el Superyó o el Ideal del Yo. Enunciemos la siguiente hipótesis: la identificación (proceso inconsciente) que emerge en el Yo consciente debe ser además lo más próxima posible a la prueba transmitida por el sistema Pc-Cs para que la angustia quede razonablemente atemperada. Esto no impide que los orígenes y las modalidades de la represión en el Yo inconsciente de una de las dos identificaciones sexuales, en provecho de la otra, no hayan sido claramente precisadas por Freud.⁷

Al nivel del Superyó, la identificación más arcaica –es decir,

⁷ Esto nos deja con dos proposiciones un poco enigmáticas, en primer lugar en “Un niño es pegado” (Freud, 1914 e): “El sexo... que predomina en la persona ha reprimido en el inconsciente la representación anímica del sexo subordinado” (p. 143), luego en “El yo y el ello” (Freud, 1923 b): “En la huella más o menos fuerte de dos identificaciones se reflejará la desigualdad de dos predisposiciones sexuales” (p. 277)...

esta identificación con una autoridad inatacable que se apoderó de toda la agresión que, siendo niño, uno hubiera querido ejercer contra ella (según el modelo de “El malestar en la cultura” [Freud, 1930 *a*, p. 316])– debe ceder terreno, dado que impide el libre acceso a las satisfacciones pulsionales. Una identificación protectora del Yo debería tomar el lugar de esta identificación con una pareja de padres que sólo permite una posición de tercero excluido de la escena primitiva. En otras palabras, esta reorganización de las identificaciones superyoicas es contemporánea al abandono del lazo del Yo con sus objetos incestuosos. Es una suerte de juego de manos en la medida en que el Superyó, con su “look” renovado,⁸ da con una mano (el acceso al disfrute) y toma con la otra (la prohibición del incesto y del parricidio se fortalece).⁹

Para permitir una nueva economía psíquica se requiere igualmente una transformación en el Ideal del Yo. Esta se construyó por identificación a la perfección, omnipotencia y omnisciencia atribuidas a los padres de la primer infancia, estos “seres superiores que más tarde nosotros hemos recibido en nosotros mismos” (Freud, 1923 *b*, p. 279). Esta idealización contenía la promesa de poder asemejarse un día a estos “seres superiores”. Ahora bien, esta promesa de triunfo narcisista no concuerda ya con el principio de la nueva realidad, la del cuerpo púber (en el cual el Yo es el garante por el rodeo del sistema Pc-Cs), que reemplazó la realidad del *non possum* infantil. Ella deviene fuente de tensión entre el Ideal del Yo y el Yo, puesto que el triunfo narcisista omnipotente y la conquista del padre edípico se funden en uno a partir de la pubertad. Al sucumbir a dicho principio, ella realiza de un único golpe el parricidio simbólico que vuelve, por lo tanto, menos necesaria la realización incestuosa y parricida.

Pero ¿qué identificación adviene al lugar dejado vacante? Cuestión central para el resultado de la evolución adolescente pero cuestión a la cual es frecuentemente difícil responder, en tanto que un movimiento centrífugo (de desubjetivización) puede

⁸ “Relooké” en el original (N. del T.)

⁹ Por otra parte, no olvidemos que el yo infantil se ofrece como objeto de amor al superyó. Los “objetos incestuosos” del yo existen, pues, también potencialmente en el superyó, en el cual pueden perpetuar una dependencia “incestuosa” en la ausencia de modificaciones de contenido del superyó.

prevalecer sobre el movimiento centrípeto (de consolidación de la identidad). El “vacío” identificatorio es tal que aquí parece inevitable una personificación transitoria de la instancia ideal. A riesgo de perderse en ella, el Yo del adolescente está entonces absorbido en un Ideal del Yo exterior a él, al cual él se somete, al que incluso se sacrifica: consunción en la pasión amorosa, desposesión de sí en la idolatría de un conductor reencarnado, alienación en la abstracción de una ideología o de un sistema de creencias. El tercero de estos casos es el menos redituable, puesto que puede coagularse, congelarse y obstaculizar las posibilidades de reinternalización. Resta saber cuál de aquellas identificaciones se transformarán en un Ideal del Yo adulto normal. No nos referimos aquí a esos topes evocados en el preámbulo, más particularmente a aquél que expone un límite entre lo individual y lo colectivo. ¿Existe un lugar para un Ideal del Yo sin simbiosis con el medio cultural?

PARA CONCLUIR

La comprensión de la reorganización de las identificaciones en la adolescencia supone una clarificación de la situación antes de la pubertad, es decir de las identificaciones que conciernen al Yo, al Superyó y al Ideal del Yo. Este trabajo de reorganización se expone a dos amenazas susceptibles de ponerlo en peligro: de un lado, el narcisismo triunfante, al cual sería sacrificado el principio de realidad; por otro lado, la extinción del Yo aprisionado por la intransigencia de sus amos.

La noción de identidad remite, creo, a un sentimiento consciente. Esta podría recubrir en parte lo que es aprehendido, *en la superficie*, en la idea de Yo consciente, mientras que las identificaciones designan, *en profundidad*, un proceso inconsciente. Ello implica el narcisismo, el investimento de sí, positivo o negativo.

Y ¿para qué hacerlo? Para tener la posibilidad y riesgo de ir al encuentro de un otro a la vez diferente (sexualmente) y diferenciado (narcisísticamente) sin dejar allí su piel (su narcisismo). Para adquirir, sobre la marcha, un libre ejercicio de la sexualidad adulta.

La reorganización de las identificaciones en la adolescencia

conmueve los fundamentos narcisistas a causa del desinversión de los lazos con los objetos de la infancia que debe precederle. Conciene a las identificaciones secundarias y no debería poner en peligro las identificaciones primarias que permanecen como garantes, ocultas, de la permanencia y de la continuidad del ser en su discontinuidad, que protegen de la amenaza de que la pérdida del objeto acarree la pérdida del Yo.

BIBLIOGRAFIA

- FREUD, S. (1919e), Un enfant est battu, *OCF. P XV*, Paris, PUF, 1996, 114-146.
- (1921c), Psychologie des masses et analyse du moi, *OCF. P XVI*, Paris, PUF, 1991, 1-83.
- (1923b), Le moi et le ça, *OCF. P XVI*, Paris, PUF, 1991, 255-301.
- (1930a), Le malaise dans la culture, *OCF. P XVIII*, Paris, PUF, 1994, 245-333.
- (1940a), An outline of psycho-analysis, *SE XXIII*, 141-207.
- LADAME, F., PERRET-CATIPOVIC, M. (1997), Le normal et le pathologique à l'adolescence, in M. Perret-Catipovic, F. Ladame, *Adolescence et psychanalyse: une histoire*, Lausanne/Paris, Delachaux & Niestlé, p. 229-245.
- LAPLANCHE, J., PONTALIS, J.-B. (1967), *Vocabulaire de la psychanalyse*, Paris, PUF.

Traducido por Marcos Thisted.

François Ladame
7 chemin du Connétable
1223 Cologny/Genève
Switzerland